

MI QUERIDO ENEMIGO

Hace un par de años, leyendo una entrevista a la escritora Joy Williams, y ante la pregunta de qué es lo que diferencia al cuento de la novela, me topé con lo que, a mi entender, es una de las más lúcidas respuestas que se ha dado a esta cuestión, que tanto parece preocupar a los periodistas: “Una novela trata de ser tu amiga” —señaló la autora—. “Un cuento no hace eso casi nunca”.

Esa frase me ha acompañado desde entonces, porque traduce con nitidez y en pocas palabras mi propia aproximación al género del cuento, como autora y como lectora. Muchas veces, tras la lectura de un cuento —de un buen cuento—, me pregunto qué es en realidad lo que provoca ese poso de íntima satisfacción, esa sensación de enriquecimiento, de “valer más” que antes de la lectura. Y me doy cuenta de que el origen de todo ello se puede resumir en una palabra: respeto. El respeto del autor hacia mí, hacia mis capacidades, mis intereses, mi predisposición a dedicar a la lectura unos minutos o unas horas del preciosísimo tiempo de mi vida, que un día terminará. El buen cuento no se lo pone fácil al lector. Porque lo respeta. Porque le habla de tú a tú, presumiendo en él las dosis de ingenio necesarias para entablar ese diálogo que supone siempre la literatura. Un diálogo a veces tortuoso, lleno de recovecos y meandros y sobreentendidos, de palabras que no se dicen, de voces apenas susurradas, de explicaciones que se consideran superfluas para ese interlocutor perspicaz. Un buen cuento no quiere ser tu amigo. Quiere ser tu digno contrincante.

Del mismo modo, cuando escribo un cuento, creo que, de manera intuitiva, siempre me sitúo en ese espacio de respeto hacia el lector. No le sonrío, no trato de ganármelo, no despliego arteras simpatías ni le guiño el ojo ni le ofrezco amablemente el brazo para que camine con comodidad. Me gana el pudor, y también una meticulosa cautela que me llena de gravedad —a veces lo percibo incluso físicamente: el ceño fruncido, la mandíbula apretada, los dedos tensos sobre el teclado—, acosada por una preocupación constante: la de no cometer el error de menospreciar a ese lector a quien le debo todo, porque sin él yo no podría dialogar. Todo tendría que guardármelo y mi único contrincante sería el silencio.

Y eso, el no tener con quien batirme, me haría muy desgraciada. Porque para mí el escribir, sobre todo el escribir cuentos, supone la única manera de enfrentar la aterradora perplejidad ante el mero hecho de amanecer cada día a bordo de esta roca que flota a la deriva en la negrura. Cuando escribo, empiezo a entender. Cuando ofrezco una historia al lector —mi interlocutor— estoy compartiendo con él ese proceso de descubrimiento, de revelación. Una revelación que a menudo repta latente en el reverso de las tramas, planea en la historia subterránea que va más allá de las palabras y late con el pulso de la misma incertidumbre que nos acecha a ambos, que asedia al género humano en su conjunto.

Escribir, para mí, implica aliarme cada mañana con el más reverenciado de mis adversarios.

*Elena Alonso Frayle
La Paz, noviembre de 2019*